

sin hacer ningún movimiento brusco, ni demasiado vivo que lo comprometiese si sus guardianes llegaban á advertirlo.

Fué retorciendo sus brazos insensiblemente, casi desarticulándolos, hasta que las extremidades de sus dedos pudiesen llegar á la altura del bolsillo del chaleco.

Pero una vez que lo consiguió, tuvo que detenerse, porque su mano medio vuelta no podía introducir los dedos en el interior del bolsillo.

Entonces cambió de plan, y en lugar de registrarlo por la parte superior, trató de hacerlo por la parte baja.

Fué arrancando poco á poco, con las puntas de sus uñas, y descosiendo los hilos uno á uno, punto por punto, y consiguió desgarrar el forro. Con que lograrse hacer en él un agujero del grosor de un dedo, le bastaba; mas como no tenía mas que una mano, y esa no muy libre, debía tardar mucho tiempo. Así le fué preciso emplear mas de una hora para descoser dos ó tres puntadas.

Al fin, lo logró, y pudo tocar, con sus dedos pulgar é índice, el mango de nácar del cortaplumas.

Entonces lo fué atrayendo poco á poco, haciéndolo entrar por la abertura que había hecho, y lo hizo escurrir insensiblemente en su mano cerrada.

De este modo, aunque no terminada del todo, tenía ya hecha una gran parte de su obra.

Ahora era preciso ingeniarse para poder abrir aquel dichoso cortaplumas que había logrado tener en sus manos á fuerza de tanta destreza y paciencia.

Para ello necesitaba emplear las dos manos, porque el instrumento era tan pequeño y el resorte tan fuerte, que era difícil el abrirlo.

Al fin, consiguió abrir una de sus hojas, al cabo de media hora mas de paciencia y de esfuerzos.

Ahora tenía que cortar, ó mas bien, limar el cordel que sujetaba sus manos, el cual era del grosor de un dedo.

Conseguido el tener una de las manos libre, ya era mas fácil el cortar los otros nudos ó el desatarlos.

Luis y Clemente observaban con la mayor atención los menores movimientos de M. Gigant, pero como el oratorio estaba casi á oscuras, esta oscuridad les impedía ver lo que aquel estaba haciendo.

Cada vez que Elena hablaba y que Matifay le respondía, se aprovechaba M. Gigant de este pequeño ruido para hacer maniobrar su cortaplumas; ruido que cubría el que su instrumento hacía al serrar los cordeles.

Ya se hallaba medio cortada la trenza de cañamo, y sin embargo, al parecer, sus manos no se habían meneado del mismo sitio.

Cortada enteramente, sueltas las manos, pudiendo obrar con libertad para desatar las ligaduras de sus piés, M. Gigant hubiera podido echarse de improviso sobre sus guardianes sorprendidos, y en medio de su aturdimiento, aprovecharse de él para la huida; pero á pesar de ello, no lo hizo, y se mantuvo mas inmóvil que nunca, y con sus muñecas unidas, como si hubiesen estado sujetas lo mismo que antes.

No quería exponerse á arriesgarlo todo; sino que esperaba una ocasión oportuna.

El resultado que había tenido su primera tentativa, le daba esperanzas de que no tardaría en verse fuera de aquella casa, dentro de unos instantes, y en libertad para obrar.

¿Qué haría entonces? El mismo no lo sabía.

¿Cómo podría él contrabalancear y neutralizar los efectos de la confesión de Matifay? Aquella confesión le perdía; y por mas que se calentaba la cabeza buscando el medio de hacerlo, no lo hallaba.

Mientras tanto, el baron, dominado por la mirada fija de la condesa, continuaba escribiendo aquel testamento que contenía, al propio tiempo que su condenación, la del doctor Toinon y la de Hércules Champion.

Cuando acabó de escribirla, y despues que el espejo, al entrar en su marco, volvió á dejar el oratorio sumido en la mas profunda oscuridad, Elena les dijo á José, á Luis y á Clemente:

— Dejadme; ahora ya no os necesito aquí. Dios solo será testigo de lo que pasará entre él y yo.

José quiso hacer algunas observaciones timidamente, pero Elena repitió: « Dejadme » con tal tono de autoridad, que bajó la cabeza y no insistió.

— Vosotros podeis ser dichosos todavía, añadió con una profunda melancolía. Pensad en vuestra dicha: mi obra, desde hoy en adelante, es una obra sombría, y no quiero que os mezcleis en ella.

Hubo un momento de silencio profundo durante el cual, con la frente inclinada, parecía olvidarse de que estaban presentes los tres jóvenes, y aguardaban sus últimas órdenes.

Cuando alzó la cabeza y los vió todavía de pié delante de ella, repitió por tercera vez con cierta cólera:

— ¡Dejadme! y no volvais aquí bajo ningún pretexto.

Lo que pase en este sitio debe quedar ignorado de todos, hasta de vosotros, de vosotros sobre todo, por que desde hoy es justamente cuando esta capilla va á ser realmente una tumba.

L

EL DESQUITE DE M. GIGANT.

Cuando José, Clemente y Luis salieron de la estancia, M. Gigant escuchó con la mayor atención el ruido de sus pasos segun se iban amortiguando al bajar la escalera.

Pero no se meneó, ni aun cuando estuvo enteramente seguro de que se hallaban ya demasiado lejos para poder oírle.

Aguardaba.

Las dos manos voluntariamente unidas la una á la otra,

parecía que continuaban todavía atadas; pero no por eso las dejaba estar ociosas, sino que encogido y replegado sobre sí mismo, las empleaba en desatar las ligaduras de las piernas que le tenían sujeto.

Al ver con qué destreza ejecutaba esta maniobra, se habría dicho que no era la primera vez que se ejercitaba en semejante operación.

Entre el principio de su entrada en escena en el drama de Noirmont de los Hornillos, y el momento en que hemos vuelto á ver reaparecer á Hércules Champion en nuestra historia bajo el nombre de M. Gigant, ha transcurrido mucho tiempo.

No es este el momento ni el lugar á propósito para contar las aventuras que le habían sucedido al antiguo gerente de la herrería de Gascogne durante este largo y oscuro período de su vida.

Había andado errante de un punto á otro, ocupándose de todo y reuniendo cuarto á cuarto, peseta á peseta, el capital necesario para emprender otro negocio.

Pero al mismo tiempo se había armado en guerra, por decirlo así, y tomado sus grados en la carrera del crimen.

Esos especuladores que buscan la fortuna y el modo de enriquecerse por otros medios que los lícitos y ordinarios, se ven expuestos á mil contingencias y azares, y tal vez M. Gigant habría experimentado algunos bien desagradables.

A lo menos, así lo habría hecho pensar al ver la destreza con que se desembarazaba de sus trabas, dando lugar á presumir que no era esta la primera vez que lo ejecutaba.

La condesa de Monte-Cristo no prestaba grande atención á los movimientos y manejo de M. Gigant.

Permanecía meditabunda y taciturna bajo el reflejo pálido de aquella lámpara sepulcral que alumbraba débilmente el oratorio.

Al fin, saliendo de aquella abstracción, vino á colocarse de pié delante de Champion, y le dijo:

— ¿Os acordais, Hércules, de aquel día en que, á esta hora poco mas ó menos, habeis venido á la cabecera del lecho de dolor en que yacía una débil mujer que se hallaba en visperas de dar á luz una desgraciada niña, que ya no existe, para hablarla como amo y dueño?

Á aquella mujer no le dejabais mas alternativa que la de elegir, ó el crimen ignorado de todos, ó la inocencia con el deshonor público.

Ella no vaciló en hacer su elección: eligió el deshonor. Gigant no respondió sino con un sonido ronco como un gruñido, que tal vez era un signo de asentimiento y confirmación de lo que la condesa decía.

Elena continuó:

— Aquella mujer ha sufrido, ha luchado con valor. Ha hecho mas: ha tratado, si no de perdonar, á lo menos de olvidar.

Casi lo había conseguido ya; había perdido la memoria de vuestra existencia, y la venganza le importaba poco. ¿Qué fatalidad os ha empujado y arrastrado á veniros á colocar en medio de su camino?

Ella no deseaba mas que perdonar, y vos sois quien la forzais á castigar.

Gigant hizo un nuevo movimiento, pero no despegó sus labios.

Y sin embargo, en aquel momento, ya había conseguido quitarse la mordaza.

— Vos habeis sido implacable, prosiguió diciendo Elena, y sin embargo, hace ocho dias, todavía habría podido ser yo misericordiosa: hoy no lo seré.

Cuando me miro á mí misma, no hallo en mí mas que una inexorable justicia, me siento empujada como una bala de cañon lanzada por la pólvora. Tanto peor para aquellos á quienes yo encuentre en mi camino y sean un obstáculo. Se ha concluido el tiempo de vuestra apelación pidiendo gracia; usar de indulgencia sería una debilidad. Os hallais condenado.

Se dirigió con paso grave y trágico hácia aquella especie de altar en donde se hallaban colocadas todas las reliquias que le recordaban su perdida felicidad, y volviéndose hácia Hércules, que permanecía inmóvil en su sillón aguardando un momento favorable:

— Si os he hecho venir aquí, le dijo, es porque no quiero perdonar. Si sintiese en mi corazón una piedad indigna, la voz de los recuerdos se alzaría en seguida para acusarme. Oiría salir de la tumba la de Jorge, envenenado por vos; la de Octavio, empujado por vos al abismo de las hornagueras de Noirmont... No, no... ¡no haya piedad! Del mismo modo que hace poco aparecía á Matifay el espectro de Elena de Rancogne, así se me aparecerían á mí aquellos muertos queridos y me gritarían: « ¡Castiga á los infames! »

El mismo silencio por parte de Gigant.

— Escuchad, prosiguió Elena acercándose á Champion y cruzándose de brazos delante de él: la ley del talion, esa es la justicia. Matifay ha matado violentamente, yo le he muerto.

Vos habeis hecho mas: me habeis atormentado á mí, que os había introducido en mi hogar, me habeis hecho pasar por todos los horrores de la agonía. La muerte sería un castigo demasiado suave y demasiado pronto para vos. Moriréis, pero antes de morir, padeceréis.

¡Ah! vos no conoceis los tormentos de mis noches pasadas aquí en llorar y orar, retorciéndome las manos; no sabeis cuántas veces los he visto alzarse á mi lado y decirme: « Tú nos olvidas, Elena, puesto que no hemos sido vengados. » No, sombras queridas, no os olvidaba; os traigo vuestra presa, apoderaos de ella; y puesto que su alma permanece cerrada al remordimiento, haced penetrar en ella el terror.

Que se vea obligado á vivir sus últimos dias en medio de vosotros, que estos vestigios sagrados de sus víctimas sean para él objetos terribles; que en el momento en que se hallen sus ojos próximos á cerrarse para siempre, no pueda separar su vista de ellos; y que los últimos objetos que vea antes de morir, sean como un recuerdo palpable de su crimen.

Despues de haber pronunciado esta abjuración solemne,

dicha con voz trémula por la emocion, se volvió de nuevo hácia Gigant, y con una calma espantosa añadió :

— Aquí es en donde vais á morir. Inútil será el que busqueis ningun medio de salvacion, porque se hallan tomadas todas las precauciones. Vuestra mordaza sofocará vuestros gritos; además, hace tiempo que las paredes se hallan tapiadas, y los habitantes de la casa ignoran la existencia de este lugar.

Una vez que yo haya salido, quedará cerrada la puerta de hierro que da entrada á este cuarto, y ningun socorro humano os podrá llegar. Os quedareis aquí solo y frente á frente con vuestras propias víctimas.

Vos sois fuerte, Gigant, y ya veremos si vuestro corazon de bronce no se destroza en esta oscuridad y este silencio, porque la lámpara, á medida que vuestra vida se vaya extinguiendo, se extinguirá también; y entonces, rendido por el hambre, calenturiento por el recuerdo, llegareis á ver esas mismas víctimas.

Porque yo sé bien que ellas vienen aquí; siempre que las he invocado han respondido á mi llamamiento; pero no eran con rostros irritados como se me aparecian, sino que venian á darme valor y á traerme consuelos. A vos no os traerán sino la rabia de vuestra impotencia, el terror y la desesperacion. Este oratorio se trasformará en calabozo.

Todo esto lo decia ella fria y lentamente, como si saborease el amargo goce de hacerle sufrir una agonía anticipada y se deleitase en describirle día por día, hora por hora, el suplicio á que se le destinaba.

Champion se fué enderezando poco á poco. Las cuerdas que lo sujetaban se fueron escurriendo de sus muslos á las rodillas, de las rodillas á los piés y de los piés al suelo.

Amarrando la mordaza con un ademán violento, se puso de pié, y arrojándose sobre Elena, agarró sus dos manos sujetándola por las muñecas; y con el rostro tocando al suyo y fascinándola con las miradas ardientes de sus ojos inflamados, le dijo :

— Esa muerte es horrible, y yo que soy un condenado no la habria inventado; las santas tienen más imaginacion: pero esa muerte sereis vos la que la sufrireis.

Aterrada con un acontecimiento tan imprevisto, la condesa de Monte-Cristo se quedó muda.

Pasado su primer terror, trató de gritar; y Champion le dijo con una infernal sonrisa :

— Es inútil: ¿no habiais tenido la bondad de advertirme que habiais tomado todas vuestras precauciones? Os creo demasiado avisada para que hayais olvidado ninguna. Esas precauciones se vuelven todas contra vos, querida mia, ¿qué quereis que yo haga?

La ley del talion, como deciais hace poco, es una hermosa ley. Vuestra intencion era el hacerme morir de hambre. Eso es propio de una alma buena. Yo me hacia el tonto, no tenia nada que decir, y me callaba; pero ahora yo soy el mas fuerte, hija mia.

Hablando de este modo, habia ido empujando á Elena hácia el sillón y la habia forzado brutalmente á sentarse en él.

En seguida empezó á atarla.

Anonadada por el terror, ella le dejaba hacer sin oponer la menor resistencia.

¿De qué le habria servido resistirse contra las fuerzas de Hércules?

Esto era justamente la contra-partida de la escena precedente. Y como le sucedia á Champion unos momentos antes, se sentia perdida.

Hubiese sido una locura el tratar de aplacar á un hombre contra quien ella acababa de mostrarse tan implacable; además de que, aun teniendo esperanzas de conseguirlo, no lo habria intentado, porque no queria ni podia querer deber nada á aquel ladron, á aquel asesino.

Por otra parte, todas las precauciones que ella habia tomado para hacer imposible la evasion de Hércules, todas se volvian ahora contra ella.

Nadie, á excepcion de José, conocia el secreto para poder entrar en el oratorio, y ya hemos visto que á José le habia dado la orden formal de no volver á poner los piés en él.

¿Seria bastante grande la inquietud que le causase la desaparicion de Elena para atreverse á infringir la orden?... No lo esperaba. Hacia mucho tiempo que le habia acostumbrado á aquellas maneras misteriosas y á las ausencias largas; y si al fin llegaba á alarmarse, cuando viniese seria ya demasiado tarde.

Todos estos pensamientos se agolparon de tropel y atravesaron, como un torbellino, la imaginacion de la condesa de Monte-Cristo.

En el entretanto, Champion habia puesto sobre sus labios la misma mordaza que hacia pocos momentos ahogaba sus gritos, y echaba una mirada de curiosidad á aquella especie de altar que algunos momentos antes habia abjurado de un modo tan solemne.

— Y era con esas fruslerias, dijo con un tono desdenoso, con lo que se queria amedrentar á Gigant?

Pero á pesar del desdén que manifestaba por aquellas fruslerias, el hombre de negocios no dejó de hacer el examen mas minucioso de ellas.

Era preciso no desperdiciar nada; ¿quién sabe si entre aquellos objetos que Elena miraba como reliquias, no encontraria él algun arma?

Al hacer aquel rápido exámen, su vista se fijó sobre un gran pliego cerrado y sellado que no tenia mas que una sola palabra en el sobre :

« José », y debajo esta nota :

« Este pliego no será abierto hasta el día en que el heredero de Rancogne vuelva á entrar en Noirmont de los Hornillos. »

El buen éxito de su primera tentativa habia embriagado á Gigant; ya no dudaba de nada.

— Como el diablo me alargue la vida, dijo, el heredero de Rancogne será yo. Es verdad que yo no estoy todavía en Noirmont, ¿pero qué importa? anticipemos los sucesos.

Se apoderó del pliego y desgarró el sobre.

Desde los primeros renglones que leyó, no pudo reprimir un grito de sorpresa y de alegría.



En seguida empezó á atarla.

— ¡Calla! ¡calla! dijo, hé aquí lo que me puede ser muy útil.

Y se apresuró á guardar el papel en el bolsillo.

Volviéndose despues hácia la condesa de Monte-Cristo, se inclinó haciéndole irónicamente una profunda reverencia, y le dijo :

— Os doy mil gracias por la estimacion y aprecio que yo os merecia por mi talento; entonces pensabais atrapar al pobre Gigant como á un raton en una ratonera; felizmente el raton tenia los dientes finos y ha roido la trampa.

Sois muy fuerte, hija mia, pero lo mismo que todas las demas mujeres teneis tambien muchos deseos de lucir vuestras fuerzas. Esta es una coqueteria particular vuestra, pero es la coqueteria de la vibora; así, en vez de quejarme por esta entrevista forzada, no debó, al contrario, sino daros por ella las gracias mas expresivas.

Supongamos que en lugar de atraerme á este sitio ori-

ginal, pero no alegre, para hacerme presenciar la agonía de ese necio de baron, hubieseis tratado de calmar mi impaciencia por algun medio término dilatorio... Yo me hallaria á estas horas durmiendo muy tranquilamente, mientras que ese imbécil firmaba, sin que yo supiera lo mas mínimo, ese papel que me pierde. Una simple carta vuestra ó de vuestro acólito, el interesante M. José, dirigida al juez de instruccion, habria sido suficiente para que yo estuviese bien guardado mañana. No habia nada que decir, nada que hacer; la jugarreta habria sido completa.

Pero gracias á vos, sé el peligro que corro, y me hallo advertido de ello. « Un buen aviso vale por dos », dice el proverbio.

Lo peor que ahora puede acontecerme es tener que ir á dar un paseo por Bélgica, país que ya conozco y en el que os aseguro que he dejado muy buenos recuerdos y preciosas relaciones.

La condesa escuchaba á Gigant con una resignacion impasible.

Pero esta resignacion é impasibilidad irritaban cada vez mas á Gigant, que hubiera querido poder seguir en su fisonomia las señales exteriores del dolor interior que él le causaba, como esos animales sanguinarios que se divierten con los últimos estremecimientos y convulsiones de su presa.

Tenia impresos en el corazon todos los tormentos morales que aquella mujer le habia hecho padecer en los últimos tiempos, y él, á su vez, queria hacérselos sufrir á ella.

Arrastró una silla y se sentó.

— En verdad, dijo, que puesto que habeis tenido la amabilidad de iniciarme y darme á conocer vuestros proyectos respecto á mí, seria una ingratitud por parte mia el no responder dignamente á tan tierna confianza.

¿No me deciais hace algunas horas allá abajo en el invernáculo que no debia haber ningun secreto entre dos buenos asociados, dos buenos amigos como nosotros?

Pues bien, os confieso que en el primer momento en que me he visto libre, me he sentido dominado por un sentimiento de debilidad: ha faltado muy poco para que no huiese inmediatamente, abandonando la partida; pero, ¡lléveme el diablo! si, al traerme á este sitio, no me habeis hecho un favor mucho mayor de lo que yo creía al principio. No solamente, por pura complacencia, me habeis advertido del peligro que corria, sino que me habeis dado los medios de conjurarlo.

Sacó el papel que se habia metido en el bolsillo y lo extendió con aire fanfarron ante los ojos de la condesa.

— Puesto que, segun toda probabilidad, estais destinada á no salir mas de aquí, os puedo decir todo sin inconveniente.

Este papel contiene, en primer lugar, el medio de contrabalancear la confesion de nuestro caro baron, y en segundo lugar el arma que me permitirá continuar el combate casi con una suerte igual.

Si, gracias á esta arma, si no consigo la victoria, conseguiré por lo menos el desconcertar vuestros planes.

¿Qué era por lo que tanto os afanabais, ángel adorado? Por la felicidad de todo el mundo, ¿no es verdad? Pues bien, yo os aseguro que este papel hará una buena brecha en la de M. José, á menos que no consienta en ser mi coronel Fritz como lo ha sido vuestro.

Elena no podia responder, pero meneó lentamente la cabeza como para decir:

— No conteis con eso.

— Bueno, exclamó Gigant levantándose; nuestro héroe no desfallecerá, ¿no es verdad? pues tanto peor para él.

Pero veo que estoy pasando aquí el tiempo en charlar, cuando es preciso obrar.

Adios, mi bella, os dejó con esas amables sombras en cuya agradable compañía me permitiais quedar. Deciais que vos viviais de vuestros recuerdos, ¿no es así? pues bien, ahora tratad de morir con ellos lo mas suave y dulcemente que podais. Esto es todo lo que os deseo.

Dicha esta última frase, se dirigió á la puerta, que estaba,

en efecto, sólidamente forrada de hierro, segun habia dicho Elena, dió dos vueltas de llave á la cerradura de secreto, y se metió la llave en el bolsillo.

Cinco minutos despues, Gigant estaba en el invernadero, y al cabo de otros tantos salia por la puerta del jardin, que volvió á cerrarse en seguida.

En vez de subir hacia los bulevares, atravesó primero los Campos Eliseos en direccion á los muelles.

En el puente de la Concordia, se acercó al parapeto y arrojó la llave al Sena.

Estuvo contemplando con fruicion, durante algunos instantes, las burbujas y remolinos que hizo el agua al caer aquel cuerpo pesado en ella, y en seguida se dirigió al jardin de las Tullerías y lo atravesó tarareando una cancioncilla alegre.

Ya era muy de día; pero la claridad no entraba en el oratorio, la luz de la lámpara colgada del techo era la sola que proyectaba sus pálidos resplandores sobre la condesa de Monte-Cristo, que yacia desvanecida en el sillón.

LI

LA CONFESION DE MATIFAY.

Aquella misma mañana, al entrar Larose, segun costumbre, en el cuarto del baron, lo encontró muerto.

El banquero estaba con la cabeza caída sobre la mesa en un estado de tal desórden que manifestaba claramente que la muerte le habia sorprendido de improvisito.

A los gritos del ayuda de cámara, Cipriana fué la primera que acudió, porque á pesar de que el banquero le habia prohibido formalmente que se llegase á su cuarto, no dejó por eso de manifestar la mayor solicitud por él en aquellos últimos dias.

Para ciertas almas que no han abrigado ningun mal sentimiento, la compasion se transforma casi en una afectuosa ternura.

A fuerza de ver padecer á aquel viejo, de quien ya no tenia que temer en adelante sus odiosas é importunas caricias, habia llegado á sentir por él cierta conmiseracion simpática.

Y, al fin y al cabo, ¿no era ella su mujer delante de los hombres, aunque no lo fuese á los ojos de Dios? No podia, por lo tanto, permanecer indiferente y enteramente extraña á lo que le tocaba tan de cerca.

Se recordará tambien que su cuarto no se hallaba separado del de su marido sino por un corredor; sabiendo que estaba peor, no se habia acostado aquella noche; de modo que pudo ser la primera en acudir á los gritos de Larose.

Este, ayudado de su compadre Lepine, colocaron el cuerpo del baron en la cama.

En el sitio mismo que ocupaba sobre la mesa la cabeza del baron, Cipriana encontró un pliego con este sobre:

A la señora baronesa de Matifay.

Y debajo esta otra inscripcion doblemente sub-rayada:

« Para ella sola. »

Esta carta, cuya tinta se hallaba todavia fresca, puesto que la frente del baron habia borrado en parte las letras, esta carta de Matifay debia contener sus últimas voluntades.

Los últimos pensamientos del baron habian sido, pues, para Cipriana.

Aquella idea la enterneció, y le hizo casi borrar el horror instintivo que le habia inspirado siempre.

La digna jóven se acusó y se arrepintió casi de no haberse manifestado mas amable y cariñosa.

— ¡Ah!... exclamó suspirando, ¡si se hubiese contentado con no considerarme mas que como una hija!...

Entretanto, la noticia de la muerte del baron se extendió con la mayor rapidez en toda la casa.

Loredano y Hortensia acudieron inmediatamente al lado de Cipriana y trataron de sacarla del cuarto mortuorio; pero dominada enteramente por aquel sentimiento que la delicadeza de su conciencia le forjaba, no consintió en salir de él sin contemplar por última vez el rostro de aquel cuyo nombre habia llevado y llevaba todavia.

El espectáculo era horrible; al abandonar aquel cuerpo, el alma habia dejado sobre sus facciones contraidas las señales de una horrorosa marca.

Los labios, amoratados y entreabiertos, parecian exhalar un grito de angustia; los ojos, extraordinariamente dilatados, parecia que miraban con un sentimiento de asombro y de horror el espectro vengador de Elena; y debajo de todos los miembros hinchados se descubrian ya los sintomas de una descomposicion inmediata.

A pesar de su resolucion, Cipriana no pudo soportar por mucho tiempo la vista de aquel horrible cuadro, y estrechando contra su pecho la carta dirigida á ella sola, se refugió en su cuarto.

En la seguridad de que nadie vendria á sorprenderla, rasgó el sobre.

En este momento, su corazon latia con violencia; ¿qué era lo que iba á saber?

Desde que leyó las primeras palabras, se le cambió el color.

A la cabeza de la primera página, escrita con una letra temblona y vacilante, se hallaban estas cuatro palabras:

« Esta es mi confesion. »

La confesion era larga; ocupaba ocho páginas de una letra que, temblorosa al principio, iba apareciendo mas sentada á cada página, como si la manó que la habia tra-

zado hubiese adquirido mayor serenidad segun y conforme iba escribiéndola.

La carta decia de este modo:

« Es á vos, Cipriana, á quien yo dirijo esta confesion, para que hagais de ella el uso que mejor os parezca, segun lo que vuestra conciencia os dicte.

» Vos habeis sido, pobre niña, sin pensarlo ni sospecharlo, mi propio verdugo, al mismo tiempo que mi victima. Mi suplicio, en efecto, ha comenzado el dia mismo que habeis empezado á llevar mi nombre.

» Segun mis proyectos, vos debiais ser la dicha y el sosiego de mi casa; y precisamente habeis sido vos la que introdujo en ella la desesperacion y los remordimientos.

» Dios es justo. Por vos era por quien yo esperaba olvidar, y por vos ha sido por quien me he visto forzado á acordarme.

» Esta coincidencia no puede ser la obra de la casualidad. Cuando uno está próximo á morir, se comprenden muchas cosas que hasta entonces habian sido muy oscuras en nuestra imaginacion. Se llega entonces á entrever, á través de las nieblas de la muerte, las vias misteriosas por las que nos hace marchar la Providencia.

» Yo he empezado á arrepentirme, y Dios sabe en medio de qué indecibles congojas, la noche misma que habeis venido á habitar debajo de mi techo. Esto era, sin duda, porque estabais destinada para ser mi juez. Y por eso tambien, quizás á causa de vuestra pureza, yo empezaba á ser mejor, á pesar de toda mi bajeza.

» Empezaban á caérseme las vendas de mis ojos, y comparándome al tesoro de amor de que yo habia querido apoderarme por sorpresa, media, en fin, toda la profundidad de mi abyeccion.

» Esta abyeccion vais ahora á conocerla; ¿la hareis pública? Yo no me considero con el derecho de imponeros esa expiacion que resaltaria hasta vos, puesto que vuestra desgracia quiere que lleveis mi propio nombre.

» La conducta que vos debéis seguir no interesa mas que á vos, y yo no exijo que deis un paso que os deshonraria. No creo tampoco que esa sea la intencion del ser sobrenatural que, desde hace muchos meses, no se aparta de la cabecera de mi cama y cuya misteriosa voz es la que me fuerza á escribir.

» Esta mujer, que fué la primera de mis victimas, así como vos habeis sido la última, ha sufrido dolores inmerecidos, desprecios injustos, y no querrá ella imponerlos á vos, ¡oh santa querida!

Despues de este exordio, seguia la confesion de Matifay, confesion completa, y cuyos principales y horribles elementos conocemos.

Y á medida que Cipriana iba adelantando en esta lectura y asistia, por decirlo así, en espíritu á las sombrías y trágicas peripecias de la sangrienta historia de Elena de Rancogne, se ponía cada vez mas pálida.

Pasaba la mano sobre su frente, como para despertarse,